

260. El Evangelio eterno

A estas alturas de nuestro Programa, y con esta charla de hoy, completamos los cinco años de evangelización que, día a día, ha ido transmitiendo nuestra emisora. Es toda una bendición de Dios, por la cual le rendimos a Él ferviente acción de gracias.

No cejamos en nuestro empeño de difundir la Palabra de Dios, y con su favor seguiremos adelante lanzando a todos los vientos el mensaje de su Verdad.

Cuando así trabajamos por hacer conocer el Evangelio eterno de Dios, abrigamos los mismos sentimientos que Pablo en las postrimerías de su vida.

Con modestia, pero con legítima satisfacción, comprobamos cómo Dios, con nuestra colaboración, va abriendo siempre nuevos caminos a la acción evangelizadora de la Iglesia.

Es bella, a este propósito, la página última de los Hechos de los Apóstoles, con los últimos acontecimientos de la vida de Pablo, que, desde Corinto, había escrito a los creyentes de Roma:

- Desde Jerusalén hasta la Iliria, lo he llenado todo con el Evangelio de Jesucristo. Ahora, no teniendo nada más que hacer aquí, pasaré por vosotros camino de España. De momento, voy a Jerusalén. Entregada la colecta que les llevo para los pobres, me dirigiré a vosotros (Romanos 15,19 y 16,22-24)

Y así lo hizo, aunque las cosas no le salieron según sus planes. Como él se temía, Pablo cae en manos de los judíos, que lo quieren asesinar. El Procurador romano le propone en Cesarea:

- ¿Quieres ser juzgado en Jerusalén, en presencia mía?

Y Pablo, que prevé una trampa, replica vigoroso:

- ¿En Jerusalén? ¡No! Apelo al tribunal del César. ¡En Roma! A mí no me juzgan en otra parte.

El Procurador, entonces, y en todo conforme al derecho romano, toma la decisión:

- ¿Has apelado al César? Pues, al César irás (Hechos 25,10-12)

Prisionero en el barco, el viaje a Roma fue toda una aventura. Varados por la tempestad en las playas de Malta, mientras recoge leña para avivar el fuego y calentarse con los demás naufragos, se alza un grito de todos:

- ¡Una víbora! ¡Al prisionero Pablo le ha picado una víbora! Este es un malhechor perseguido por la justicia de los dioses...

Pablo se sacude el animal venenoso y lo echa al fuego. Todos esperan ver a Pablo caer muerto, y, al darse cuenta de que no le pasa nada, cambian bruscamente de parecer: *- ¡Este es un dios, éste es un dios!... (Hechos 28,4)*. No. Pablo no es ningún dios. Aquella mordedura era de Satanás, que quería acabar con apóstol tan formidable de Jesús.

Ya en Roma, prisionero libre durante dos años, sin más custodia que un soldado que lo vigila y lo saca atado con una cadena, predica con plena libertad de Jesucristo, y se dirige primero a los de su raza:

- Judíos, a vosotros ante todo se os ofrece la salvación. Aunque el Reino de Dios es para todos, para los paganos lo mismo que para nosotros los israelitas. Y a todos les digo: sabed que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, el Salvador prometido (Hechos 28,23-24)

Pablo queda libre, pero será apresado otra vez. Y junto con Pedro, en la persecución de Nerón, morirán por Cristo los dos: Pedro en la cruz, Pablo al filo de la espada. Desaparecerá al cabo de tres siglos el Imperio, mientras que Pedro y Pablo serán para siempre las glorias más grandes de la Roma eterna...

Cuando leemos una página como ésta, nos sentimos sin más orgullosos de nuestra condición de cristianos. La humildad cristiana no está en contradicción con la satisfacción de ser partícipes de la gracia más grande de Dios.

Y lo único que anhelamos es que esta gracia y este orgullo sean participados por todos los hombres. Lo cual es, precisamente, el mensaje último de este libro maravilloso de los Hechos de los Apóstoles.

El Evangelio no es sino una marcha de Jesús hacia Jerusalén, donde consumará su obra con la muerte y la resurrección. De Jerusalén, como un encargo expreso de Jesús, el Evangelio tendrá que ir hasta el extremo de la Tierra.

Y así es: de Jerusalén arranca la evangelización, que llega con Pablo hasta España, el extremo de la Tierra entonces conocido, y con Pedro y con Pablo se centra en Roma, corazón del Imperio.

Una vez asentado plenamente en Roma, el Evangelio ya no conocerá fronteras. Será de todos y para todos los hombres.

Y, en adelante, todos los creyentes tendrán clavados los ojos en Roma.

Porque en Roma está el sucesor de Pedro y Vicario de Jesucristo. Y aquí reposa, muerto y siempre vivo, el Apóstol Pablo, el Apóstol de todas las gentes.

Una lámpara, hallada en las catacumbas de Roma, llevaba esta inscripción: "*Pedro no muere*". Esto estaba escrito, ¡y con qué fe!, entre las tumbas.

Y es que la muerte no tiene dominio sobre el Evangelio ni sobre Pedro en sus sucesores, custodios del Evangelio de Cristo.

El cristiano tiene delante una faena que realizar, expresada por Ignacio de Loyola de manera magnífica, cuando les da a los suyos esta consigna apasionante:

-Vayan, y prendan fuego al mundo entero ("Ite, incendite mundum")

Estos son los horizontes que para el Evangelio descubre nuestra fe: un mundo sin fronteras. Y no nos damos reposo mientras haya una frontera no atravesada todavía por el Evangelio de Jesús.

Todos nos sentimos Iglesia. Todos nos sentimos misioneros.

Pablo pudo estar encadenado en Roma y le pudieron silenciar la voz con un golpe de espada. A Pedro lo pudieron sujetar con clavos en la cruz. Pero nadie encadena, ni sujeta, ni hace callar la palabra de Jesús.